

# Ensayo sobre la juventud y la madurez

Lucas Franco

(A partir de la lectura del prólogo de Gabriel Ferrater al *Nabí*, de Josep Carner, y “El estudiante”, de Anton Chejov)

Es adulto aquel que, una vez expulsado del complejo de la realidad como impresionante pero obvio mundo propio, puede escoger la madurez como forma de vida. Es maduro aquel que decide revisar su experiencia con una idea clara en la cabeza: que “tota racionalització és insensatesa”, tal como escribió Gabriel Ferrater. La verdad de nuestra vida –y no puedo servirme de tal expresión en un sentido menos metafísico– lleva el cuño de esas faltas, de esos *gestos* precipitados con los que cubrimos el hiato que nos separa de la inmediatez de la realidad. Esa es la forma de su contenido, pero no es su contenido en sí: en palabras del poeta catalán, solo *testimonian* “allò que de debò conté la vida”.

Aceptar de esta manera nuestra ordinaria falibilidad –valorizarla en tanto que, al ser reconocida, nos acerca a nuestro propio punto de fuga– supone perdonar nuestra *bêtise* sin dejar nunca de considerarla en cuanto tal. Es parte determinante de nuestra vida, de la cual la Historia parece decirnos qué difícil sería vivirla de otro modo en este sentido. Ciertamente, esta idea va contra la del progreso, y eso solo hace que justificar su fundamento *crítico*, adjetivo con que Ferrater, por cierto, designó al poeta más afable del siglo XX: Josep Carner. La madurez es un examen.

La madurez ordena el valor, lo establece. Es *comprensión*. Y la comprensión es la condición de posibilidad, para el que ha dejado de ser niño (en este caso), de volver a sentirse *en el mundo como en casa*. Así lo creía Hannah Arendt, que concebía la comprensión como un *proceso infinito*. Por supuesto, de querer cumplir sus promesas, de querer ser consecuente consigo misma, la crítica debe realizarse como un proceso sin fin. La madurez <sup>1</sup>piensa en la reconciliación porque cuando mira a la realidad reconoce el valor de las cosas que la pueblan y con ellas el

de la realidad misma, y lo hace a partir de la *revisión*, es decir, de una atención a la experiencia personal, que adquiere un carácter de mediación esencial. Esto es lo que Jaime Gil de Biedma llamó “mentalidad adulta”, cuya imbricación con la “sensibilidad infantil” resulta en la actitud natural de la poesía moderna.

Pienso, por ejemplo, en un poema de Claudio Rodríguez. Se titula “Brindis por el seis de enero”, y se encuentra en *Casi una leyenda*. El yo lírico, como la mayoría de personas del mundo, es alguien que, en su paso por el aquel, debe ocuparse de sobrevivir, y para ello debe trabajar. Se acaba el día 5 de enero, empieza el 6. “Viene la claridad que es ilusión”, es la noche en que los niños duermen sabiendo que por fin *llega* lo que desean. Los Reyes no traen regalos a los adultos. Sin embargo, al final del poema se habla de esa noche como “la verdadera”. El yo lírico pasa la noche brindando por ella; es motivo de júbilo, de un júbilo profundo. “Bendito sea lo que fue maldito”: la noche de reyes adquiere una dimensión casi redentora. El yo lírico vive y conoce el valor de la realidad porque es capaz de entender cuál era cuando no lo conocía. Su mirada sobre la noche de reyes es fruto de una *revisión* de las ilusiones de antaño. Mirada así la vida, esta no puede ser sino una forma de ternura.

\*

En un cuento de Chejov, un joven estudiante de teología narra a dos campesinas la historia de la negación de Pedro. Las reacciones de ambas, aunque de expresión distinta, pues una llora y la otra se conmueve, significan para el joven lo mismo: con su relato ha tocado las cuerdas de la Historia, y la ha hecho resonar. Las ondas del tiempo, porque reafirman una verdad y una belleza sempiternamente rectoras de las vidas de los hombres, reverberan entonces en lo más hondo de

las campesinas, uniéndolas emotivamente a aquel pasado en que el demasiado humano Pedro lloró amargamente, después de que cantara el gallo. Chejov, sagaz, hace que el estudiante reste mérito a su propia narración: es en la historia misma de Pedro y no en lo particular de su enunciación, piensa, donde reside la fuerza emotiva que hace posible la continuidad entre el pasado y el presente. Finalmente, con esa transparencia que tanto admiró Raymond Carver, el narrador nos cuenta que el ánimo del joven, tras meditar sobre lo ocurrido, queda cautivo de una conmovedora lozanía, de “una inefable y dulce esperanza de felicidad” que le descubre en la vida un precioso valor, una carga de “elevado sentido”.

El joven, de veintidós años, atisba la grandeza encubierta, latente, del mundo. Ha alcanzado algo nuevo, el paisaje de siempre ofrece ahora algo especial. La madurez, supongo, es en su principio como un simple reconocimiento, un dejar de resbalar..., y la ilusión que sobre un atisbo de lucidez conciliadora puede colocar la juventud es tal vez su demostración más maravillosa. La ingenuidad del joven, cariñosa y magistralmente retratada por Chejov, no le permite aún ver que si la vida está preñada de sentido, ello es porque ha sabido dar –o simplemente ha dado– con lo adecuado. Que ha sumado a su “sensibilidad infantil” la proporción necesaria de “mentalidad adulta”. Que se ha fundido en su pura admiración juvenil la solidez de la elección. La dulce esperanza de felicidad es la esperanza de que esa expresión adecuada pueda repetirse, mejorarse.